

Freud y la cultura literaria

Freud and his literary culture

A. GARCIA DE LA HOZ

La profundización progresiva en la obra de Sigmund Freud descubre el papel que en ella juegan las citas, alusiones, referencias, etc., a literatos, poetas, novelistas, autores de teatro, y como la literatura, la creación poética en general —*Dichtung*—, lejos de ocupar un lugar de mero adorno, culto o erudito, o de floreo del texto, es para Freud una fuente importante de ideas y a la vez le sirve para confirmar y validar sus hallazgos teóricos. En la investigación que llevé a término en 1990 (4), en relación a Goethe, quedó plasmado que este autor es el principal antecesor a Freud en lo que se refiere a la teoría psicoanalítica.

Desde sus tiempos de colegial, cuando Freud jugaba con Silberstein en la “Academia Castellana”, hasta su estancia en Londres próxima ya su muerte, y tanto en su extensísima epistolografía, como en su obra publicada, Goethe es omnipresente y si alguien ha influido de una manera decisiva y continua en su pensamiento, ese ha sido Johann Wolfgang Goethe. El estudio de las obras de los dos grandes genios y su comparación es especialmente esclarecedor.

Solamente rescataré en forma breve las conclusiones finales a las que llegué entonces, para pasar a ilustrar cómo se inserta la cultura literaria en la obra teórica de Freud, en base a tres poetas representativos aludidos en otros tantos textos freudianos.

Efectivamente, en el epílogo de mi trabajo señalaba lo siguiente:

Sigmund Freud, que intentó con todas sus fuerzas crear una disciplina científica; que no dudó para ello de desvincularse en su andadura de todos aquellos que en su opinión desvirtuaban tal propósito; que afirmó que no quería que ninguna corriente filosófica se apropiase de su psicoanálisis; que se desmarcó tanto de la medicina como de la religión como patrocinadoras de la práctica analítica, Sigmund Freud, repito, no ha tenido ningún impedimento a la hora de afirmar que Goethe es su “héroe secreto”.

Lydia Flenn (1986) expone un testimonio definitivo, en ocasión de una visita que el poeta italiano Giovanni Papini hizo a Freud en mayo de 1934: “Votre visite est une grande consolation” (ob. cit. pp 204) le dijo al poeta, porque “no sois ni un paciente, ni un colega, ni un discípulo, ni un pariente” (ibidem). Ante esta coyuntura, Freud pudo expresarse muy libremente, sin ningún tipo de ataduras formales y confesó que no era en verdad “más que un científico por necesidad y no por vocación”, que su naturaleza le conducía a ser un artista y si no había elegido la literatura era porque había sido pobre. A continuación dijo textualmente lo siguiente:

“Depuis de mon enfance, mon héros secret, c’est Goethe (...). Je n’ai rien fait de plus que forcer mes patients à agir comme Goethe. La confession, c’est la liberation, et tal est la cure psychanalytique (...). J’ai été capable de vaincre mon destin d’une manière indirecte et j’ai réalisé mon rêve: rester un homme de lettres sous la apparence d’un medecin” (sub. mío).

Freud, yo diría, no sólo con sus pacientes siguió el modelo del hombre-Goethe, sino que también su obra teórica está sobremanera influida por el poeta weimariano, así como (en menor medida) por otros poetas ilustres. Y que si a menudo Goethe, Shakespeare (sobre todos) y también Heine, Jean Paul, Schiller aparecen en su obra científica, no es sólo para ilustrar literariamente ésta o como signo narcisista de erudición culta, sino que, a la inversa, algunas de sus concepciones teóricas y metapsicológicas parecen estar cortadas a la medida de sus poetas favoritos. Como adelantaba he escogido para esta ocasión tres de los más representativos —Heine, Shakespeare y el propio Goethe—, así como otros tantos textos de Freud —“Introducción al narcisismo”, “Sobre psicoterapia” y “Formulaciones sobre los dos principios del acaecer psíquico”— para entrever la íntima interrelación entre la teoría psicoanalítica freudiana y su cultura literaria.

A lo largo de la obra de Freud hay muchos textos con mayor profusión de referencias literarias, sobre todos la “*Traumdeutung*”, pero si escogí los anteriores es por ser eminentemente teóricos y/o técnicos, es decir, escritos en los

Artículo leído en las III Jornadas sobre Psiquiatría, Psicoanálisis y Literatura, celebradas en el Pazo de Trasalba (Orense) en marzo 1993.

Correspondencia: Antonio García de la Hoz, C/ Ulises, 9. 28043 Madrid.

Fecha de recepción: 16-4-93

Fecha de aceptación: 21-4-93

que la cita literaria correría el mayor riesgo de servir únicamente como adorno, dado el carácter más o menos especializado de los mismos.

“INTRODUCCION AL NARCISISMO” Y H. HEINE

En el mismo centro del famoso y polémico escrito de Freud se encuentran unos versos del poeta de Dusseldorf, que en mi opinión, poseen una función muy especial, una ayuda literaria definitiva para un tema teórico transcendente para Freud, y que por lo farragoso y especulativo del mismo, el asidero más sólido con el que concluye esa especulación no es otro que con los versos siguientes de Heine:

“Kranheit ist wolh der letzte Grund
Des ganzen Schöpferdrangs gewesen;
Erschaffend konnte ich genesen,
Erschaffend wurde ich gesund.

El tema de Freud es el de la adquisición de la enfermedad por aumento de la tensión libidinal, que desde el punto de vista económico, es susceptible de ser vivida como displacentera, y que ahora es confrontado con el nuevo tipo de libido, la narcisística o libido del yo, que Freud acaba de introducir en la teoría psicoanalítica.

Dadas dos formas de libido, también habría dos tipos de enfermedades por el incremento de la tensión de uno u otro tipo. Así, nos relata Freud, la parafrenia y la hipocondría tendrían que ver con la “Stauung” de la libido narcisista, mientras que las neurosis actuales (neurastenia y neurosis de angustia) y las neurosis de transferencia con la “Stauung” de la libido objetal.

El sentido que le demos al vocablo usado por Freud —“Stauung”— se nos antoja esencial para la comprensión de este apartado del texto freudiano, que como veremos a continuación no deja de ser bastante confuso para el propio maestro vienés, y que sólo parece quedarse satisfecho, como decía, al insertar los versos arriba expuestos. La “Stauung” se tradujo de manera diferente en las dos versiones castellanas: “Estancamiento” para López Ballesteros (Ed. Biblioteca Nueva) y “Estasis” para Etcheverry (Aamorrtu ed.). El sentido de uno y otro, creo, puede diferir bastante, por lo que me parecen necesarias algunas aclaraciones suplementarias para fijar bien, si es posible, el sentido que Freud pretende con él.

En alemán, “Stauung” puede ser “estancamiento”, “contención”, “acumulación”, pero sobre todo “congestión” en el terreno de la medicina o fisiología, que es el sentido más probable que Freud intente expresar por su mayor familiaridad con el mismo. Una manera culta de verterlo al castellano es “estasis”, como hace Etcheverry, que tiene exactamente el mismo sentido en el campo médico.

El castellano, la palabra “estancamiento” evoca la detención de un proceso por alguna suerte de barrera, proceso que de no ser por ese estancamiento, seguiría su curso normal. El que la barrera sea interna o externa no es aquí lo decisivo desde la perspectiva psicoanalítica. Por el contrario, “estasis” nos sugiere más bien el final de algo por su com-

pletud, porque ha satisfecho una trayectoria, porque ya no se puede más, porque, en definitiva, se está henchido, lleno de algo. Este es el sentido que Freud quiere indicar en el pasaje de la libido narcisista originaria a la investidura de objetos exteriores. La vida psíquica libidinal llega a un estasis del que es necesario salir. Si no, enfermamos. Por lo tanto, parece que la traducción de Ballesteros no es la más idónea y sí la de Etcheverry, que pese a todo nos parece excesivamente técnica. Podría proponer incluso la más asequible “congestión” arriba indicada, y por ejemplo hablar de “congestión de la libido” para la “Libidostauung” de Freud.

En el pasaje que estamos comentando, Freud tenía en cuenta a la vez el curso evolutivo libidinal (normal y patológico) y la propia patología libidinal misma, sin que quede excesivamente claro cuando habla de una u otra cosa. Así, cuando informa de la “Stauung” de la libido narcisista y objetal, como causa respectiva de la hipocondría y parafrenia por un lado, o de la neurosis de angustia o de neurosis de transferencia por otro, parece que nos está hablando de patología libidinal en aras de clasificación nosológica. Pero cuando nos dice que la vida anímica se ve forzada en un momento a traspasar las “fronteras del narcisismo” y a investir libidinalmente objetos externos, nos está hablando de un curso evolutivo libidinal, que puede tener trastornos o no, y que uno de ellos, precisamente, sería la imposibilidad de salir del estadio libidinal narcisista (primario), que justificaría la gestación de un trastorno psicótico (la parafrenia, en la nomenclatura freudiana).

La necesidad de investir objetos externos surge cuando la carga libidinal del yo (la libido narcisista) sobrepasa cierta medida, es decir, llega al “estasis” (se congestiona, no pudiendo ya más en sí misma), y no vale decir únicamente que “se estanca”, pues no deja suficientemente claro lo que Freud quiere decir. Y es importante porque seguidores directos de Freud que han trabajado con psicóticos, como Paul Federn, han intentado corregir al maestro, indicando que en estas patologías no se trata tanto de una situación de estancamiento como de un problema de límites en las fronteras del yo. Como se ve, corrección innecesaria y que viene a indicar que ni para los propios y directos seguidores vieneses de Freud estaba claro lo que éste quería decir con la “Stauung”.

Sin embargo, Freud coloca en este instante una frase críptica, casi poética, jugando con las palabras “enfermar” y “amar”, que dice así: “Ein starker Egoismus schützt vor Erkrankung, aber endlich muß man beginnen zu lieben, um nicht krank zu werden, und muß erkranken, wenn man infolge von Versagen nicht lieben kann.” y que nuestras traducciones han vertido de forma correcta como: “Un fuerte egoísmo protege contra la enfermedad, pero al final uno tiene que empezar a amar para no caer enfermo, y por fuerza enfermará si a consecuencia de una frustración no puede amar”. Me parece que son unas palabras que pueden considerarse como un pequeño compendio evolutivo libidinal y a la vez de patología mental y que bien merecen un pequeño comentario, para el que nos apoyaremos en un breve pasaje de las “Andanzas de Wilhelm Meister” de Goethe, que Freud conocía bien:

“Porque, bien mirado, ¿qué es lo que más de las veces se condena con el apelativo de vanidad? Todo individuo debe aspirar a la satisfacción de sí mismo, y felices aquellos que la sienten. Pero ¿cómo evitar, el que la logra, que los demás la noten?... Porque la satisfacción de sí mismo, el deseo de comunicar a los demás este sentimiento placentero, hace agradable a una persona, y al sentirse atrayente hace que en verdad lo seamos”.

Freud y Goethe, que tantas veces caminan de la mano en numerosos temas, unen sus pensamientos una vez más. Porque existe una aporía entre estar satisfechos, plenos, logrados narcisísticamente y, como humanos, desear expandirnos, comunicar nuestro estado a los otros. Precisamente, el deseo de comunicar al otro nuestra “supuesta” felicidad o satisfacción plena, es lo que nos está advirtiendo a gritos que no lo estamos del todo; que ese logro narcisista no es sino quimérico, que sólo se da en un estadio infantil (el que Freud describe como narcisismo primario), el cual, además, es necesario sobrepasar para no enfermar (psicosis) y no quedar atrapado. Ese es el sentido que quiere transmitir Freud con las palabras anteriormente expuestas. Hemos de comenzar a amar para no enfermar (de psicosis, diría yo) y más tarde, volvemos a enfermar (ahora de neurosis, por líbido objetal), si una frustración —*Versagung*— nos impide amar. Ahora se puede comprender mejor el sentido que Freud quiere dar a los versos de Heine expuestos al principio, y que se ajustan a la perfección a todo lo dicho:

“Enfermo estaba; y ese fue
de la creación el motivo;
Creando convalecí,
y en ese esfuerzo sané.”

Pensando que esas palabras las coloca Heine en boca de Dios, —¿quién mejor para representar el narcisismo supremo!—, en sus poemas de la creación, ¿no es conmovedor que Dios mismo no pueda aguantar su narcisismo, enferme y necesite crear (es decir, investir el mundo externo, salir de sí mismo) para sanarse? En el mismo poemario donde se encuentran estos versos, por lo que lógico es pensar que Freud también los conocía, se encuentran otros versos, que igualmente pudo insertar Freud en este texto. Se trataba de un rey viejo y una joven dama y el poema termina así:

“Debieron *morir* ambos;
se amaron *en exceso*.

“SOBRE PSICOTERAPIA” Y SHAKESPEARE

“Hamlet” no sólo sirvió a Freud para asentar su descubrimiento del Complejo de Edipo y para iniciar una serie de estudios de psicoanálisis aplicado a la literatura y a los géneros poéticos. Shakespeare es con seguridad, junto con Goethe, el poeta más citado por Freud, y a la menor ocasión plasmaba alguna alusión a la obra del dramaturgo inglés para ilustrar y potenciar su escritura. Siempre se dejó guiar por los grandes literatos y los citaba en sus textos teóricos y téc-

nicos no sólo sin ningún rubor, sino con total confianza y seguridad. Vamos a exponer un pequeño ejemplo.

“Sobre psicoterapia” es una conferencia pronunciada en 1904 en el Colegio de Médicos de Viena, quizás la última pronunciada ante un auditorio de esta índole. Se trata de una defensa apasionada, casi agresiva, del psicoanálisis y de su técnica ante lo que en opinión de Freud se estaba produciendo en la ciudad: Un progresivo conocimiento de la teoría y técnica psicoanalítica parejo a su vulgarización, marginación y desprestigio dentro de los círculos “científicos y serios” de Viena.

Freud, ante esta situación se siente como Hamlet y se identifica con el príncipe danés, frente a aquellos que piensan que la vida anímica es fácil de descifrar y comprender. Gulderstein y Rosencrantz son como esos médicos de Viena que creen que el psicoanálisis es sencillo de aplicar y de aprender. Los secretos profundos del ser humano son difícilmente asequibles para los no preparados adecuadamente.

Hamlet está muy irritado con los enviados por su tío, el rey, que intentan sonsacarle las causas de su malestar anímico; les enseña un caramillo, les invita a tocarle y ante la imposibilidad de hacerlo por ignorancia, les espeta lo siguiente: “¿Pensáis que soy más fácil de pulsar que un caramillo? Tomadme por el instrumento que mejor os plazca, y por mucho que me trasteéis os aseguro que no conseguiréis sacar de mí sonido alguno.” Son las palabras finales que Freud coloca al final del apartado segundo de su texto, para rematarlo y dar así una verdadera medida de la dificultad que supone la ejecución del psicoanálisis. *El instrumento anímico no es nada fácil de tañer*.

Aquí no hay la profundidad teórica y casi filosófica del comentario anterior a propósito de Heine. Sólo una muestra de lo fácilmente que a Freud se le veían a la mente sus poemas favoritos a la hora de ilustrar cualquier cosa de su psicoanálisis. La defensa que aquí ejecuta, y la mención al “Hamlet” shakespeariano, quizás tengan que ver con que en esta época (1904) está terminando su fase de aislamiento en Viena y empieza a tener sus primeros discípulos, por lo que es natural que comience a cuidar su descubrimiento de los ataques y vulgarizaciones que puede ser objeto. Tarea que ya no le abandonará a lo largo de su vida. Cuando estaba sólo era evidente que eso no era tan perentorio.

“LOS DOS PRINCIPIOS DEL FUNCIONAMIENTO MENTAL” Y GOETHE

La decisiva influencia de Goethe en el pensamiento freudiano, no sólo se observa en las casi dos centenares de menciones más o menos expresas que existen en su obra (cartas incluidas), sino que también hay un nivel de influencia más oculto, y que no es tan fácil de visualizar. Como ejemplo de ello podemos señalar lo siguiente: Para Freud, el famoso “*Wo es war, soll ich werden*” —afirmación polémica que ha dado lugar a muchas controversias— es una labor de cultura, cultural (*Kulturarbeit*), comparable a la “desección del Zuyderzee”. Bruno Bettelheim (1982) señala oportunamente que hay ahí una alusión al “Fausto” de Goethe, que no escaparía a nadie enfrascado en la cultura alemana. Como se sabe,

el Fausto goethiano termina su andadura vital ganándole terreno al mar. El gran buscador de sí mismo está dispuesto a morir después de conseguir ese trozo de tierra para ser cosechado. Freud dice lo mismo en lo que se refiere a la labor del "Ich" sobre el "Es". Debe ganarle terreno, conquistárselo; nunca agotarlo, reducirle ni reemplazarlo. Es imposible.

En el texto que nos ocupa (1911b), cuando Freud habla de la renuncia de los placeres terrenales, utilizada por las *religiones* —comentando el progresivo dominio del principio del placer por el principio de la realidad—, insiste en que nunca tiene éxito intentar un dominio *completo* del principio del placer, y que "el mejor medio para ello habrá de ser la *ciencia*"; un poco más adelante alude al *arte* como camino para conciliar los dos principios. En mi opinión, hay grandes posibilidades de que en este texto de Freud haya una clara evocación de Goethe y de su novena "*xenia pacata*": "Quien *ciencia y arte* posee/tiene también *religión*; /quédese ésta para aquellos/faltos de otra posesión." Poema que, por cierto, Freud conocía bien.

En efecto. En 1928 le escribió a Theodor Reik lo siguiente:

«Hoy escribo sólo para pedirle cierta información fundada sobre su conocimiento superior de la literatura (pues estoy... separado de mi biblioteca). Mi pregunta es la siguiente: ¿dónde se encuentra, en Schiller o Goethe, este célebre proverbio?: "Aquél que tiene el arte y la ciencia tiene también la religión, etc." Yo creía al principio que estaba en las "*Xenias*", pero esta idea no se ha confirmado.

¿Quizás en los proverbios en verso de Goethe?»

Probablemente Freud estaba ya pensando en la redacción de un pasaje de "El malestar en la cultura" (1930), pues ahí, ya superada la duda expuesta en la carta, escribe:

«Volvamos entonces al hombre común y a su religión, la única que debe llevar ese nombre. Lo primero que nos sale al paso es la famosa afirmación de uno de nuestros más grandes literatos y sabios, que se pronuncia sobre el vínculo de la religión con el arte y la ciencia. Dice:

"Quien posee ciencia y arte
tiene también religión;
y quien no posee aquellas dos
¡pues que tenga religión!"

Por un lado, esta sentencia o pone la religión a las dos realizaciones supremas del ser humano; por el otro, asevera que son compatibles o sustituibles entre sí en cuanto a su valor vital. De modo que si queremos impugnarle al hombre común (que no posee ni ciencia ni arte) su religión, es evidente que la autoridad del poeta (Goethe) no está de nuestra parte.»

Los versos pertenecen efectivamente a las "*Xenias pacatas*"; en el legado póstumo, que comprendía los libros VII, VIII y IX de esa composición. En concreto se trata de una estrofa (la cuarta) del poema titulado "Trinidad", de contenido evidentemente religioso, donde Goethe expresa su religiosidad en cuanto a sus creencias, su panteísmo fundamental. Tampoco podríamos decir que se trate de una doctrina con-

tra la religión; simplemente considera otras cosas. La tercera estrofa (la inmediatamente anterior a la citada por Freud) por ejemplo, dice lo siguiente:

"Yo no le tengo inquina a la piedad,
que también significa comodidad;
pues quien pasar sin ella se proponga,
pasará hartos trabajos y zozobras;
tendrá que ir por el mundo sin apoyo,
a sí mismo bastarse, y a los otros,
y encima confiar y tener fe...
¡Apiadarse el señor quiera de él!"

Destaca la "comodidad" de la creencia religiosa, que libera de plantearse los enigmas fundamentales del ser humano y de la vida. Quien no crea tendrá "zozobras y trabajos". No es un modo demasiado apasionado de defender la religión eso de llamar a los creyentes cómodos. La estrofa siguiente es la citada por Freud en "El malestar en la cultura", donde la religión queda para los que no tienen capacidad para el arte o la ciencia, pues éstos configuran una especial religión. Los versos de Goethe tienen un claro sentido. La religión parece quedar en un segundo plano, frente a las realizaciones artísticas y científicas (culturales, diría yo) del ser humano. Ahora bien, pese a todo, la religión tiene un valor para el poeta, bien que secundario. Freud va a ser más radical, ateo. El panteísmo goethiano quizás sea un ateísmo encubierto. Freud, ferviente entusiasta de la cultura, de la ciencia, de la realización literaria y artística, propugnaría por un ideal humano más elevado, sin resignar al hombre a ese segundo plano religioso, que Goethe parece conceder. Freud, en su ateísmo radical, carga más las tintas, o es más revolucionario en este sentido que Goethe, más conformista y realista en lo que se refiere a las capacidades humanas. Es como si uno dijera: ¡Bueno, pues que sigan con su religión, si eso les satisface!, mientras que el otro (Freud) diría: ¡No, hay que aspirar a más. No se puede dejar al hombre al amparo de una creencia infantil! Puede ser ésta una cuestión en la que cada individuo puede optar según su perspectiva particular.

Pues bien, toda esta disertación sobre la cultura y la religión que Freud expone en 1930, y con una clara y manifiesta influencia de Goethe, me parece, que en forma latente estaba ya presente en 1911, en el texto "Los dos principios del funcionamiento mental". Sólo queda citar las palabras de Freud para comprobarlo. En el punto cuarto de ese texto, expone que el Principio de la Realidad no excluye por completo al Principio del Placer. Sólo lo posterga en la esperanza de alcanzar "un placer ulterior y seguro". Esa doctrina de la renuncia, impuesta por el Principio de la Realidad, ha sido aprovechada por las "*religiones*" que "han podido imponer la renuncia absoluta al placer terrenal contra la promesa de una compensación en una vida futura. Pero no han conseguido derrocar al Principio del Placer. El mejor medio para ello habrá de ser *la ciencia*, que ofrece también placer intelectual durante el trabajo y una ventaja práctica final".

La influencia del poema de Goethe es evidente. Religión y ciencia están en la misma escala de valores goethiana. Si además se añade que, un párrafo más adelante, Freud habla del *arte*, que consigue conciliar ambos principios por su

camino particular, tenemos ya la triada del poema (religión, ciencia y arte) en la misma tendencia axiomática.

Freud, en 1911, en este trabajo eminentemente teórico y de pensamiento y aunque no lo nombre, es literalmente goethiano.

BIBLIOGRAFIA

1. Bettelheim B. Freud y el alma humana. Ed Crítica. Barcelona 1983.
2. Flenn L. La vie quotidienne de Freud et ses patients. Ed Hachette. Paris 1986.
3. Freud S. Obras Completas. Ed Biblioteca Nueva. Madrid 1973; 3 vols. Obras Completas. Amorrortu editores. Buenos Aires 1978-1982; 24 vols. Studienausgabe. Fischer-Verlag 1969-1975; 11 vols (En especial los siguientes textos):
 "Sobre psicoterapia" (1905 [1904]).
 "Los dos principios del funcionamiento mental" (1911b).
 "Introducción al narcisismo" (1914c).
 "El malestar en la cultura" (1930 [1929]).
 "Nuevas conferencias de introducción al Psicoanálisis" (1933 [1932]).
4. García de la Hoz A. Goethe en Freud. Afinidades electivas. Ed UCM. Madrid 1991 (tesis doctoral).
5. Goethe JW. Obras completas. Ed Aguilar. Madrid 1945-1968; 3 tomos.
6. Heine H. Poemas. Ed Lumen. Barcelona 1976.
7. Shakespeare W. Obras Completas. Ed Aguilar. Madrid 1974; 2 tomos.